

ESTADO DEL GOBIERNO Y DE LA OPINION EN ESPAÑA

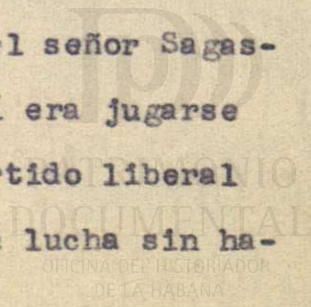
De una carta de la Península, que recibimos ayer, extractamos los siguientes párrafos, que pintan a maravilla, no sólo el estado de impresionabilidad del gobierno del señor Sagasta, sinó el estado de enervamiento de la opinión en toda España.

No sabemos las causas que han podido determinar variación tan completa en el carácter del pueblo español; pero si se puede apreciar, por lo que el corresponsal afirma, que entre los hombres de Gobierno y la opinión existe un verdadero vacío, que es precursor de próximas convulsiones, que una vez producidas no hay duda que modificarán todos los mecanismos políticos de España, y con esas modificaciones tal vez se consiga que desaparezca el vacío que hoy existe entre la opinión y el Gobierno, si es que la Nación ha de reconstituirse para los fines de la vida moderna y cumplir las leyes históricas que el porvenir le tenga señaladas.

He aquí los párrafos más interesantes de la aludida carta:

---

El Gobierno del señor Sagasta fué á la guerra llevando ya descontada la derrota. El señor Moret fué quien más se opuso a ello: por su gusto se hubiera accedido a las pretensiones de Mac Kinley evitándose así lo ocurrido; pero el señor Sagasta y sus compañeros comprendían que proceder así era jugarse a una carta la popularidad y aun la vida del partido liberal y tal vez de algo más importante, y aceptaron la lucha sin ha-





ber hecho nada antes a fin de apereibirse para ella.

Pudieron aprovecharse los meses que la precedieron en reforzar los ejércitos de Cuba y Puerto Rico; en abastecer bien de víveres y municiones las dos islas; en poner en estado de defensa la bahía de Manila; en comprar algunos buques y concluir los que estaban en los arsenales; en establecer depósitos de carbón. ¿Ustedes dirán si algo de eso se hizo? Yo creo que aparte de lo que espontáneamente dispusiera ahí el general Blanco y en Puerto Rico el general Macías y de algún vapor, como el Montserrat, que llegó con municiones, en parte alguna se notó la acción previsorra del gobierno.

El país, por más que otra cosa digan ahora ciertos periódicos, sintió entusiasmo por la guerra; excepto, si acaso, las gentes acomodadas, que tienen su capital en papel del Estado y que temían llegase el momento de no cobrar el cupón; pero el gobierno y parte de la prensa han hecho todo lo posible para matar ese entusiasmo, comenzando por hacer que se perdiera la fe en el triunfo, resorte poderoso, que aunque a veces carazca de base, es el único que puede mantener el vigor de los pueblos.

Por otra parte, desde que empezó la guerra hemos estado atendidos a la información de origen yankee que nuestros periódicos reproducían sin discutirlo siquiera; el gobierno, apenas si publicaba algún telegrama oficial, y aún en esto ha llegado al punto de no suprimir los párrafos en que los generales daban cuenta de los víveres y municiones que les quedaban, aunque fuesen ya muy pocos; ó bien reflejaban el juicio que les merecía su situación; todo lo cual se decía seguramente, por los generales al Ministro de la Guerra para su conocimiento y gobierno,



pero no para que se hiciera público.

La destrucción de la escuadra de Montejo nos impresionó tristemente pero no bastó para abatir el espíritu público. Más disgusto causó ver con qué facilidad se apoderaron los yankees de Cavite. El desembarco de éstos en Daiquirí también causó extrañeza, pues los periódicos habían hecho creer que todo el contorno de esa isla estaba cubierto de tropas y erizado de cañones; reaccionó algo la opinión cuando, por conducto de los mismos corresponsales norteamericanos é ingleses se supo que el general Shafter había sufrido numerosísimas bajas en los combates del Caney y Aguadores; pero esa impresión fué anulada por la catástrofe de los buques de Cervera. A este se le había censurado por permanecer en aquel puerto y se le censuró después por salir de él. Nadie se cuidó de enterar al país de que ni el "Vizcaya" ni los demás barcos eran capaces de combatir con los acorazados enemigos, por la sencillísima razón de que no han sido nunca acorazados sino cruceros de faja, cuya destrucción en un combate estaba anunciada por los escritores técnicos.

La capitulación de Santiago acabó de producir en esta impresionable opinión pública el efecto que aquí deseaban muchos para que el gobierno pidiese la paz, aumentándose esa impresión con las noticias de que el comodoro Watson se dirigía con su escuadra sobre las costas peninsulares.

España aparecía entonces ante mis ojos completamente desconocida. No fué ya la augusta matrona, viril y enérgica, capaz de todos los heroísmos, sino una damisela nerviosa que se asusta de la sangre y de los tiros, y que desea ante todo tranquilidad para divertirse. Los hombres de corazón, profundamente doloridos,



enmudecieron; su dolor era silencioso y en cambio se oía la gritería de los afeminados, de los gallinas, de los que no tienen otro Dios que el dinero, ni más religión que la sinvergüencería, como dicen ahí.

Pudo, pues, ya el señor Sagasta pedir la paz. Y el vencedor ha dictado ya sus condiciones, que ustedes conocerán perfectamente. Perdemos las colonias de América, que los yankees harán suyas, recibiendo así el castigo que merecen los rebeldes, que por aspirar a una soñada independencia nos han traído a tales trances. Y en Filipinas quedará nuestra soberanía intervenida accidentalmente por ellos.

Al cual le falta aún mucho que recorrer. Pues los políticos civiles van consiguiendo lo que se proponían. Su temor era que llegase aquí el ejército de esa isla en condiciones que hiciesen al país depositar en él su confianza; y para evitarlo va haciéndose cundir la idea de que los responsables de tanta desgracia son los militares de mar y tierra, que no supieron ó quisieron concluir la insurrección de Cuba y que luego no han sabido ó querido derrotar a los norteamericanos.

La invasión de Puerto Rico y la capitulación de Manila han venido a última hora a servir de arma a los autores de tamaña injusticia.

¡Pobre España!

X.

La Lucha, 12 de septiembre de 1898.

